

Introducción a la lectura del libro del Papa *Cruzando el umbral de la esperanza*

Cardenal Pio Laghi

Esta introducción se refiere a un libro que, además de ser un «best-seller» mundial, es sobre todo un suceso histórico en la Iglesia, pues nunca hasta ahora se conocía un libro escrito por un Papa durante su pontificado. En «Cruzando el umbral de la esperanza» Juan Pablo II, a preguntas formuladas por Vittorio Messori, responde, con lucidez y con extraordinaria sabiduría, a algunos de los interrogantes más candentes de nuestro tiempo.

Como ya se sabe, este libro nació ante la imposibilidad en la agenda pontificia de realizar la entrevista televisiva, programada para señalar los 15 primeros años del pontificado del Papa. Hay que decir, con Vittorio Messori, que una tal entrevista «*hubiera sido absolutamente la primera en la historia del papado, historia en la que, durante tantos siglos, ha sucedido de todo. De todo, pero nunca que un sucesor de Pedro se sentara ante las cámaras de la televisión para responder apresuradamente, durante una hora, a unas preguntas que además quedaban a la completa libertad del entrevistador*» (p. 8)¹.

Pero, como dije, la aparición del libro fue igualmente una novedad; quizás mucho mayor. Messori cuenta su propia sorpresa ante el anuncio que se le hizo de parte del Santo Padre: «*Aunque no ha habido modo de responderle en persona, he tenido sobre la mesa sus preguntas; me han interesado, y me*

¹ Juan Pablo II. *Cruzando el umbral de la esperanza*. Plaza & Janes Editores.

parece que sería oportuno no abandonarlas. Por eso he estado reflexionando sobre ellas y desde hace algún tiempo, en los pocos ratos que mis obligaciones me lo permiten, me he puesto a responderlas por escrito» (p. 12).

Así este libro es el resultado de algunos desvelos pontificios, en el cual se nos regala un animado cuadro, pintado con trazos de pincel apasionados y con colores vivos, y que propone una visión del mundo y de la historia fundamentada sobre la piedra angular que es Cristo, y que, por eso, es capaz de vencer todo miedo y de cruzar el umbral de la esperanza —«*el título mismo del libro es de Juan Pablo II*» (p. 13)—. Despliega, paso a paso, ante nuestros ojos un proyecto completo, orgánico y preciso, que provoca a la reflexión y al análisis: se trata de una verdadera catequesis. Comparto, además, el juicio que nos da a conocer Messori en la Introducción: «*Un experto teólogo, una de las poquísimas personas que han podido hojear este texto todavía manuscrito, me decía: “Hay aquí una revelación —directa, sin esquemas ni filtros— del universo religioso e intelectual de Juan Pablo II y, en consecuencia, una clave para la lectura e interpretación de su magisterio completo”. Aventuraba incluso el mismo teólogo: “No sólo los comentaristas actuales sino también los historiadores futuros tendrán que apoyarse en estas páginas para comprender el primer papado polaco”*» (p. 20).

Quiero, pues, que mi exposición rinda, ante todo, un debido homenaje al Santo Padre, pero que sea, además, una ayuda en la lectura de esas páginas. Me propongo, pues, escoger algunas de las que me parecen más significativas para comprender su universo religioso e intelectual, por ejemplo, las que contienen referencias autobiográficas del Santo Padre. Luego mencionaré brevemente una especie de lista de temas para resaltar cómo son verdaderamente interesantes; y concluiré exponiendo lo que

pienso es la idea clave y nuclear en este extraordinario libro: el aliento a la esperanza.

1. Las páginas autobiográficas del libro del Papa

Entre las muchas páginas autobiográficas que se pudieran escoger, he seleccionado sólo algunas, y precisamente las que recogen algunos temas de cierta actualidad, como, por ejemplo, aquellas en las que el Papa narra las raíces de su atención por los judíos; o recuerda personas y acontecimientos que han influido en su vocación; o nos comunica las experiencias que han determinado su pensar antropológico, el desarrollo de su piedad mariana, o sus sentimientos personales cuando fue elegido a la Cátedra de San Pedro.

a. *La atención por los judíos* es, sin duda, un tema original y novedoso. A propósito de los orígenes de esta sensibilidad del Papa escribe en la página 110: «*Recuerdo sobre todo la escuela elemental de Wadowice, en la que, en mi clase, al menos una cuarta parte de los alumnos estaba compuesta por chicos judíos. Y quiero ahora mencionar mi amistad, en aquellos tiempos escolares, con uno de ellos, Jerzy Kluger. Amistad que ha continuado desde los bancos de la escuela hasta hoy. Tengo viva ante mis ojos la imagen de los judíos que cada sábado se dirigían a la sinagoga, situada detrás de nuestro gimnasio. Ambos grupos religiosos, católicos y judíos, estaban unidos, supongo, por la conciencia de estar rezando al mismo Dios. A pesar de la diversidad de lenguaje, las oraciones en la iglesia y en la sinagoga estaban basadas, en considerable medida, en los mismos textos.*» Por este testimonio nos damos cuenta de cómo el tema de las relaciones entre cristianos y judíos entró en la vida y en el corazón del Papa desde su misma adolescencia, y cómo aquellos encuentros entre muchachos del mismo barrio, de diversa

profesión religiosa, influyeron de modo muy particular en su pensar.

b. *Sobre el desarrollo de su vida de fe y la maduración de su vocación*, el Papa recuerda a algunas de las personas que influyeron mucho en su vida y sucesos que lo interpelaron hondamente. En los inicios de su experiencia religiosa se halla la figura de su padre. Cuenta: «*Recuerdo que, un día, mi padre me dio un libro de oraciones en el que se encontraba la Oración al Espíritu Santo. Me dijo que la rezara cada día. Por eso, desde aquel momento, procuro hacerlo*» (p. 148).

Está luego el contacto con un hombre extraordinario: Jan Tyranowski: «*Antes de entrar en el seminario, me encontré a un laico llamado Jan Tyranowski, que era un verdadero místico. Aquel hombre, que considero un santo, me dio a conocer a los grandes místicos españoles y, especialmente, a san Juan de la Cruz. Aun antes de entrar en el seminario clandestino leía las obras de aquel místico, en particular las poesías. Para poderlo leer en el original estudié la lengua española. Aquélla fue una etapa muy importante en mi vida*» (p. 148).

El Papa habla también de la trágica experiencia del levantamiento popular en Varsovia de 1944; le marcó profundamente en su espíritu el arrojado desesperado de sus coetáneos, que no escatimaron sus personas. «*Entregaron —escribe— sus jóvenes vidas como a una hoguera ardiente... También yo —añade— pertenezco a esa generación, y pienso que el heroísmo de mis compatriotas me ha sido de ayuda para determinar mi personal vocación*» (p. 130).

Y fueron también las circunstancias de la guerra las que maduraron en el joven estudiante Wojtyla su profunda conciencia de la grande dignidad del hombre y de la importancia de la

Explica: *«Precisamente en aquel período de tanto desprecio por el hombre como quizás nunca lo había habido, cuando una vida humana no valía nada, precisamente entonces la vida de cada uno se hizo preciosa, adquirió el valor de un don gratuito»* (p. 130). Una reflexión más orgánica sobre el hombre la fue desarrollando después en la dura confrontación con el sistema marxista: *«En cierto sentido fue para mí una gran sorpresa constatar que el interés por el hombre y su dignidad se había convertido, a pesar de las previsiones en contrario, en el tema principal de la polémica con el marxismo, y esto porque los marxistas mismos habían puesto en el centro de esa polémica la cuestión del hombre... Pronto se demostró que el hombre, precisamente él, con su moral, era el problema central de la discusión (...). En la tentativa de apología del ateísmo, se hizo dominante no tanto la interpretación cosmológica, sino la argumentación ética»* (pp. 196 y 197).

c. Hago una particular consideración de un rasgo autobiográfico de la personalidad espiritual de Juan Pablo II: *su devoción mariana*. En efecto, este Papa se caracteriza por un amor muy especial y muy personal por María. Escribe a este propósito: *«Cuando participé en el Concilio, me reconocí a mí mismo plenamente en este capítulo (cap. VIII de la *Lumen gentium*), en el que reencontré todas mis pasadas experiencias desde los años de la adolescencia, y también aquel especial ligamen que me une a la Madre de Dios de forma siempre nueva»*. Y explica: *«La primera forma, la más antigua, está ligada a las visitas durante la infancia a la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en la iglesia parroquial de Wadowice, está ligada a la tradición del escapulario del Carmen»*... Un capítulo aparte es Jasna Gora, con su icono de la Señora Negra... Y concluye: *«Cuanto he dicho pienso que explica suficientemente la devoción mariana del actual Papa y, sobre todo, Su actitud de total abandono en María, ese *Totus Tuus*»* (pp. 208 y 209).

Más adelante, hablando del atentado de que fue objeto, recuerda: *«Y he aquí que llegó el 13 de mayo de 1981. Cuando fui alcanzado por el proyectil en el atentado en la plaza de San Pedro, no reparé al principio en el hecho de que aquél era precisamente el aniversario del día en que María se había aparecido a los tres niños de Fátima»* (p. 215). El Papa no hizo inmediatamente esta relación, pero después no pudo dejar de considerar aquella coincidencia dentro del contexto de todas las demás extraordinarias presencias marianas de la época moderna: La Salette, Lourdes, Fátima. Se debe también al hecho de que proviene de una experiencia eclesial en la que ha podido comprobar la potencia de la intercesión de María. *«De boca del cardenal Stefan Wyszyn'ski —cuenta— sabía también que su predecesor, el cardenal August Hlond, al morir, pronunció estas significativas palabras: "La victoria, si llega, llegará por medio de María". Durante mi ministerio pastoral en Polonia, fui testigo del modo en que aquellas palabras se iban realizando. Mientras entraba en los problemas de la Iglesia universal, al ser elegido Papa, llevaba en mí una convicción semejante: que también en esta dimensión universal, la victoria, si llega, será alcanzada por María»* (p. 215).

d. Finalmente, quiero terminar las páginas autobiográficas refiriéndome a la primera pregunta que presenta al Papa el periodista y que se refiere a los sentimientos personales de Juan Pablo II ante su elección al Pontificado: *«Estoy ante un hombre vestido de blanco, con una cruz sobre el pecho. No quiero dejar de señalar que este hombre al que llaman Papa ("Padre" en griego) es en sí mismo un misterio, un signo de contradicción, e incluso una provocación, un "escándalo" según lo que para muchos es el sentido común»*. (p. 27).

El sentido de la «provocación» se explica así: *«Efectivamente, ante un Papa hay que elegir. El que es Cabeza de la Iglesia católica es definido por la fe "Vicario de Cristo". Es considerado como el hombre que sobre la tierra representa al Hijo de Dios, el que "hace las veces" de la Segunda Persona de la Trinidad. Esto es lo que afirma todo Papa de sí mismo. Esto es lo que creen los católicos. Sin embargo, y según muchos otros, esta pretensión es absurda; para ellos el Papa no es representante de Dios sino testigo superviviente de unos antiguos mitos y leyendas que el hombre de hoy no puede aceptar»* (p. 27).

El Papa apura hasta las heces el cáliz amargo de la pregunta, y brinda al lector una de las páginas más bellas del libro: *«Debo referirme a la exhortación que resonó al comienzo de mi ministerio en la Sede de Pedro: "¡No tengáis miedo!" (...). ¿De qué no debemos tener miedo? No debemos temer a la verdad de nosotros mismos. Pedro tuvo conciencia de ella, un día, con especial viveza, y dijo a Jesús: "¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!" (Lc 5, 8). Pienso que no fue sólo Pedro quien tuvo conciencia de esta verdad. Todo hombre la advierte. La advierte todo Sucesor de Pedro. La advierte de modo particularmente claro el que, ahora, le está respondiendo... Cristo le respondió: "No temas; desde ahora serás pescador de hombres" (Lc 5, 10)»* (p. 28).

El Papa, por tanto, se identifica plenamente con la experiencia del Apóstol Pedro, y por eso no le asusta que la gente le llame «Vicario de Cristo», «Santo Padre» o «Su Santidad»: sabe, que, como en el caso de Pedro, lo importante no es el hombre ni sus títulos, sino la presencia transformante de Cristo: *«Ya no era una cuestión solamente de Pedro y de sus simples fuerzas humanas; se había convertido ahora en una cuestión del Espíritu Santo, prometido por Cristo al que tuviera que hacer las veces de El sobre la tierra... De este modo, (Pedro) ha llegado a ser la "roca",*

aún si como hombre, quizá, no era más que arena movediza» (pp. 31 y 32).

Juan Pablo II, por tanto, se siente envuelto en «un misterio» sobrenatural, que no le sorprende porque lo capta y lo vive en la fe... Lo mismo el hecho de ser un «signo de contradicción», que podía constatarlo con especial conciencia a los 15 años de pontificado, de un pontificado que ha sido vivido con extraordinaria profundidad y que, en consecuencia, le ha llevado a experimentar, aún físicamente, *«las consecuencias que se derivan de la lógica de la fe, penetradas del esplendor de la verdad... ¿Qué le queda a un hombre así?»*, se pregunta él mismo. Y responde: *«Solamente las palabras que Jesús dirigió a los apóstoles: "Si me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros; si han observado mi palabra, observarán también la vuestra" (Jn 15, 20). Por lo tanto —concluye y al sacar la consecuencia conclusiva, conduce las aguas al cauce que ya nos tiene acostumbrados—: "¡No tengáis miedo!". No tengáis miedo del misterio de Dios; no tengáis miedo de Su amor; y ¡no tengáis miedo de la debilidad del hombre ni de su grandeza!»* (p. 34).

Termino, pues, esta primera parte, anotando que, por las citas hechas, se puede ver que «Cruzando el umbral de la esperanza», pone de relieve algunos aspectos importantes de la vida del Papa, nos revela secretos profundos de su formación espiritual, y nos ofrece, de verdad, una pista para comprender el enfoque que ha ido tomando su pensamiento y su sensibilidad. Se puede decir, sin duda, que es un libro hasta cierto punto personal y autobiográfico.

2. Los temas

Pero este libro es también y es, sobre todo, un «diálogo» con el lector, y en este caso, digamos, con el mundo; diálogo, que El, el Papa, provocado por Messori como interlocutor, logra entablar y exponer magistralmente, y en el que se expande con serenidad, tocando aquí y allá muchos de los graves problemas que preocupan al hombre de hoy.

Baste mencionar algunos en rápido repaso: el de la existencia de Dios, y el de la presencia en la historia de Cristo Redentor; el darse de otras creencias y de otras religiones en el mundo, y esto en contraste con la «pretendida unicidad» de la fe cristiana; el porqué y el cómo de la oración; la pregunta de si el cristianismo tiene futuro, o de si sólo Roma tiene razón; el papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia; el tema de la familia y los desafíos con ella relacionados como el de la defensa de la vida desde su concepción hasta la tumba, el de la procreación, el de la moral sexual, etc.

Se ve así que el periodista escogió prevalecientemente cuestiones de tipo profundo, que tienen que ver con las inquietudes básicas del hombre actual; no son sólo los tópicos habituales, a los que nos tiene acostumbrados la prensa y la televisión diaria; aunque, sin embargo, también se presta cierta atención a ellos, ciertamente no la primaria. Messori lo explica de la siguiente manera: *«Aquí no interesa el problema... de la decoración de las salas vaticanas, si debe ser "clásica" (conservadores) o "moderna" (progresistas). Tampoco interesa un Papa al que muchos quisieran ver reducido a presidente de una especie de agencia mundial para la ética o para la paz o para el medio ambiente... Interesa, en cambio, descubrir si todavía son firmes los fundamentos de la fe sobre los que se apoya ese palacio eclesial, cuyo valor y cuya legitimidad dependen solamente de si sigue basado en la certeza de la Resurrección de Cristo»* (p. 17)

Con esto el autor de la entrevista ha mostrado una vez más sus dotes de periodista sensible a las situaciones humanas, y también de pensador. Esto ha podido ofrecer oportunidad a que las respuestas del Santo Padre sean también portadoras de la rica humanidad y de la profunda espiritualidad que le distinguen. En consecuencia, en «Cruzando el umbral de la esperanza» se puede ver al Wojtyla Papa, pero también al Wojtyla Obispo de Cracovia, al catedrático de Universidad, al teólogo del Vaticano II, incluso al Párroco, y al capellán juvenil; y, en contemporaneidad: al joven que amó el teatro y la poesía, al sacerdote celoso y alegre, al profesor pensador, al obispo pastor, al Papa evangelizador: diríamos en resumen, con palabras del mismo Messori, al Wojtyla «párroco del mundo»: «párroco» en cuanto tiene un corazón de sacerdote; «del mundo» en cuanto los horizontes de su solicitud y de su actividad se abren a los espacios del globo y a los tiempos del presente y del porvenir.

Por eso tampoco podían faltar en este libro las frecuentes referencias al apasionante tema del próximo «Gran Jubileo del año 2000». Para «el Párroco del mundo» esta fecha constituye una meta, un desafío: en esta perspectiva nace la conciencia y el ardor de una «nueva evangelización». Para «el párroco del mundo» la humanidad actual acusa, siente una especial necesidad del Evangelio. Dice: *«Se advierte tal necesidad de modo especial, quizá porque el mundo parece alejarse del Evangelio, o bien porque (el evangelio) aún no ha llegado a ese mundo»* (p. 126). Para ambas situaciones él convoca, en nombre del Cristo «Redentor del hombre» a una «nueva evangelización», que *«no tiene nada que ver con lo que diversas publicaciones han insinuado, hablando de restauración, o lanzando la palabra proselitismo en tono de acusación, o echando mano de conceptos como pluralismo y tolerancia, entendidos unilateral y tendenciosamente. Esa misión pertenece a la esencia misma de*

la Iglesia» (p. 127). «En efecto, la llamada a un gran relanzamiento de la evangelización vuelve de diversas maneras a la vida actual de la Iglesia. Aunque la verdad es que nunca ha estado ausente: "¡Ay de mí si no predicase el Evangelio!" (1 Co 9, 16)» (p. 119).

3. La idea central de fondo

Pero el conjunto de esta rica variedad de temas está visto bajo el signo de la «esperanza» como la idea central que le presta y le llena de sentido. En el fondo, éste es un libro que alienta e ilumina a vivir hoy, en este mundo contrastante y trágico, sostenidos y empujados por la virtud cristiana de la esperanza.

¿Porqué tener esperanza? «Porque —responde el Papa— el hombre ha sido redimido por Dios» (p. 214), porque «existe Alguien que tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa; Alguien que tiene las llaves de la muerte y de los infiernos (cf. Ap 1, 18); Alguien que es el Alfa y el Omega de la historia del hombre » (cf. Ap 22, 13) (p. 216). Porque «este Alguien es Amor (cf. 1 Jn 4, 8-16)» (p. 216).

Recientemente fue celebrada en El Cairo la *Conferencia sobre Población y Desarrollo* bajo los auspicios de la Organización de las Naciones Unidas. La Santa Sede consideró su deber poner a los Responsables de las Naciones de cara a sus responsabilidades y hacerles tomar conciencia de los riesgos de imponer a la humanidad entera una visión de las cosas y un estilo de vida que son propios de una minoría.

Al margen de los diversos aspectos polémicos de este tema, que fueron objeto de conflicto en el Cairo, me parece que el

individualista de la ONU y el de la Santa Sede, revela también acentos personalísimos del libro «Cruzando el umbral de la esperanza», porque en este libro se ve una precisa concepción de la historia que difiere de la presentada en el documento originario de El Cairo.

El enfoque, efectivamente, de la ONU manifestaba una visión de los acontecimientos humanos que yo definiría «apocalíptica». Se cargaban, de manera desmesurada, las tintas de los desastres mundiales inminentes. Piénsese que si las previsiones de Malthus hubieran sido exactas, en Gran Bretaña en los primeros años '70, deberían existir 400 millones de habitantes, mientras que sólo fueron 56... Sin contar que, mientras tanto, se ha triplicado la producción de maíz por hectárea cultivada, y la de leche por vaca en establo... Y sin contar que ciertos estudiosos de estadística hacen los cálculos pensando que todos los habitantes del planeta tienen necesidad para vivir de lo que consumirá un americano nacido hoy, a saber, 21.000 toneladas de gasolina, 220 toneladas de acero y la madera de 1.000 árboles: cosa absolutamente inverosímil y nada deseable. Se puede vivir consumiendo mucho menos... Con esto no quiero infravalorar los problemas existentes, sino decir sólo que tales previsiones deben tomarse con cautela.

Esta visión apocalíptica es eso no sólo por sus tintes, sino también por el hecho de considerar incurables las heridas de la humanidad. Sí —piensa—, se podrán aliviar ciertos sufrimientos, pero no será posible extirparlos. El mundo, buena parte del mundo, continuará siendo un lamentable «lazareto», un hospital de campaña. Y nosotros ¿qué podemos hacer? Podemos enviar alguna ayuda, pero nada más.

En esta actitud, lo que falta es la esperanza, la esperanza de que el mundo pueda ser transformado. Y eso lo es sólo si...

valor y la incisividad de la acción. El enfoque cristiano tiene, por el contrario, una visión «mesiánica» de la historia. Según ella, con la misión de Jesús ha comenzado ya el advenimiento del Reino de Dios en la historia. La esperanza cierta del cristiano, en consecuencia, es la de poder transformar al mundo, poder anticipar ya desde ahora «el nuevo orden de la creación». La diferencia entre las dos concepciones de la historia está precisamente aquí: en su relación con la esperanza. Una es sin ella; la otra está abierta a ella. No es, pues, una casualidad que el libro del Papa se titule «Cruzando el umbral de la esperanza». Juan Pablo II ha comprendido muy bien qué es lo que le falta al mundo de hoy.

La esperanza cristiana es una virtud teologal, es decir, una virtud que nace de la fe en Dios y que tiene su cimiento en el amor que Dios nos manifiesta. Ella por tanto se basa en Dios, en su amor, en su llamado a la vida, en su poder, en su veracidad y fidelidad para mantener Sus promesas. Así ella no puede engañar.

Con frecuencia, la virtud de la esperanza se simboliza con el ancla; pero el símbolo más acertado —dice el P. Cantalamessa— es la vela. El ancla mantiene firme a la nave en el mar; la vela sirve, en cambio, para empujarla y para hacerla andar... Si no existiese la esperanza, todo se pararía, aún la fe y la caridad. Nadie siembra sino porque espera la cosecha.

Conclusión

Termino así esta presentación del libro del Santo Padre, concluyendo que el mundo está sediento, sí, de pan y de paz; pero que, más que nada, tiene sed de esperanza. Y que el Papa, con su libro, nos pone enfrente del «umbral de la esperanza» y nos invita a pasarla.

CARD. PIO LAGHI

Creado cardenal en el consistorio de junio de 1991, fue nombrado prefecto de la Congregación para la Educación Católica el 1 de julio del mismo año. Gran Canciller de la Pontificia Universidad Gregoriana, y miembro de las Congregaciones para la Evangelización de los Pueblos, para los Obispos y para el Clero.